THESIS

NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS

12

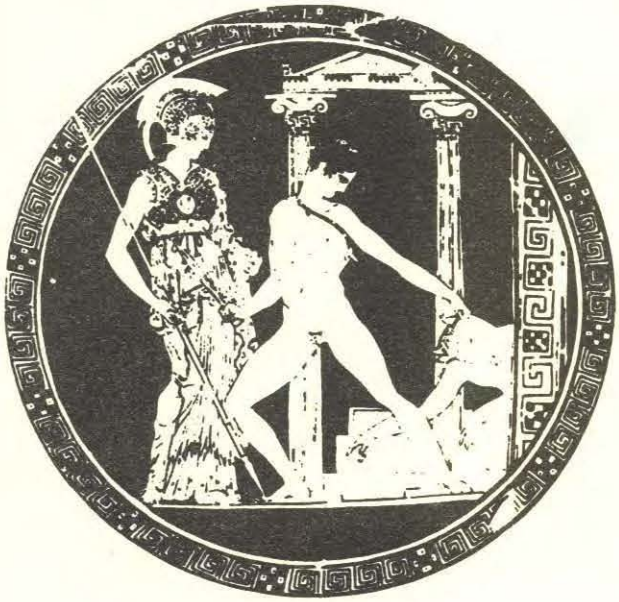
- JOSE PASCUAL BUXO
- BERNABE NAVARRO
- LIZBETH SAGOLS
- MARTHA MARTINEZ
- CARLOS PEREDA
- CESAREO MORALES
- MARCOS ROMANO
- HERNAN LAVIN CERDA
- GUADALUPE AVILES MORENO
- JEAN-PIERRE VERNANT
- H. P. LOVECRAFT
- CARMEN CHUAQUI
- EDUARDO GARCIA MAYNEZ

40.00 pesos

enero / 1982

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras,
Año III, Número 12
Enero / 1982



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
Dr. Octavio Rivero Serrano
Secretario General:
Lic. Raúl Béjar Navarro
Secretario General Administrativo:
C.P. Rodolfo Coeto Mota
Abogado General:
Lic. Ignacio Carrillo Prieto

THESIS NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: Benjamín Villanueva
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó
Juliana González, Benjamín Villanueva

Secretaria de Redacción: Elsa Cross

Indice

JOSE PASCUAL BUXO
García Márquez o la crisis de la realidad 4

JEAN-PIERRE VERNANT
El sujeto trágico: historicidad y trashistoricidad 8

BERNABE NAVARRO
Reflexiones sobre lo mexicano 12

LIZBETH SAGOLS
Historia y muerte de Dios 14

MARTHA MARTINEZ
La influencia del mar en el vocabulario del Caribe 19

H. P. LOVECRAFT
De más allá 24

CESAREO MORALES:
Forma valor de la producción y efecto ideológico 28

HERNAN LAVIN CERDA
Sobre el abismo de la escritura 35

MARCOS ROMANO
La obra literaria como signo 39

CARMEN CHUAQUI
La poesía de Yannis Ritsos 45

GUADALUPE AVILES MORENO
Bases conceptuales e históricas del arte mudéjar 50

CARLOS PEREDA
Sobre la consigna democracia 55

La tradición presente:
EDUARDO GARCIA MAYNEZ
El problema de la libertad moral en la ética de Hartmann 63

Notas y Reseñas

Vera Valdés Lakowsky: ***Estudios de historia de la filosofía en México*****, varios autores**

Laura Mues: ***Gaos, el hombre y su pensamiento*****, de Vera Yamuni**

H. P. LOVECRAFT

De más allá

Traducción de Enrique Hülsz Piccone

Inconcebiblemente horrible fue el cambio que tuvo lugar en mi mejor amigo, Crawford Tillinghast. No lo había visto desde aquel día, dos meses y medio antes, cuando me dijo hacia qué fin conducían sus investigaciones físicas y metafísicas; cuando hubo contestado a mis protestas sorprendidas y casi asustadas echándome de su laboratorio y su casa en una explosión de ira fanática, supe que él permanecía casi siempre encerrado dentro del laboratorio en el desván con esa maldita máquina eléctrica, comiendo poco y excluyendo aún a los sirvientes, pero yo no había pensado que un breve periodo de diez semanas podía alterar y desfigurar así a cualquier criatura humana. No es agradable ver a un hombre vigoroso de repente adelgazado, y es aún peor cuando la flácida piel se torna amarillenta o grisácea, los ojos hundidos, ojerosos, y brillando misteriosamente, la frente venosa y arrugada, y las manos trémulas y contrahechas. Y si a esto se añade un desaliño repulsivo, un salvaje desorden en el vestir, una espesura de cabello oscuro, blanco hacia las raíces, y un descuidado crecimiento de barba blanca sobre un rostro alguna vez afeitado, el efecto acumulativo es bastante ofensivo. Pero tal era el aspecto de Crawford Tillinghast la noche en que su mensaje coherente a medias me trajo a sus puertas después de semanas de exilio; tal era el espectro que temblaba al recibirme, vela en mano, y que miraba furtivamente sobre su hombro, como si estuviese temeroso de cosas invisibles en la antigua, solitaria casa arrinconada en Benevolent Street.

Que Crawford Tillinghast haya estudiado ciencia y filosofía fue un error. Estas cosas deberían dejarse al investigador frío e impersonal, pues ofrecen dos alternativas igualmente trágicas para el hombre de sentimiento y acción: desesperación si fracasara en su búsqueda, y terrores inefables e inimaginables si tuviese éxito. Tillinghast había sido una vez presa del fracaso, solitario y melancólico; pero ahora yo sabía, con miedos nauseabundos de mí mismo, que él era presa del éxito. Yo lo había prevenido, efectivamente, diez semanas antes, cuando estalló con su cuento de lo que sentía y de lo que estaba a punto de descubrir. Entonces, se había sonrojado y excitado, hablando en voz alta e innatural, aunque siempre pedante.

"¿Qué sabemos, había dicho, del mundo y del universo a nuestro alrededor? Nuestros medios para recibir impresiones son absurdamente escasos, y nuestras nociones de los objetos que nos rodean, infinitamente estrechas. Vemos las cosas solamente como estamos construidos para verlas, y no podemos obtener idea alguna de su naturaleza absoluta. Con cinco débiles sentidos pretendemos comprehender el ilimitado y complejo cosmos, y sin embargo otros seres con una clase de sentidos más amplia, más fuerte, o diversa, podrían no sólo ver muy diferentes las cosas que nosotros vemos, sino que podrían ver y estudiar mundos enteros de materia, energía, y vida que yacen a la mano, pero que nunca pueden ser detectados con los sentidos que tenemos. Siempre he creído que tales mundos extraños e inaccesibles existen bajo nuestras propias narices, *y creo que ahora he encontrado un modo de derribar las barreras*. No estoy bromeando. En el espacio de veinticuatro horas esa máquina cercana a la masa generará ondas que actuarán sobre órganos sensoriales desconocidos que existen en nosotros atrofiados o como vestigios rudimentarios. Esas ondas abrirán para nosotros muchas perspectivas desconocidas al hombre, y algunas desconocidas por todo lo que consideramos vida orgánica. Veremos aquello a lo que los perros aúllan en la oscuridad, y aquello que aguza las orejas del gato después de la media noche. Veremos éstas y otras cosas que ninguna criatura que respire ha visto aún. Pasaremos de un salto el tiempo, el espacio y las dimensiones, y sin movimiento corporal atisbaremos en el fondo de la creación."

Cuando Tillinghast dijo estas cosas yo protesté, pues lo conocía lo suficiente como para estar atemorizado, más que divertido; pero él era un fanático, y me echó de la casa. No era ahora menos fanático, mas su deseo de hablar había conquistado su resentimiento, y me había escrito imperativamente con una letra que pude difícilmente reconocer. Mientras entraba a la morada del amigo tan repentinamente metamorfoseado en una gárgola tiritante, fui infectado por el terror, que parecía acercarse a hurtadillas en todas las sombras. Las palabras y creencias expresadas diez semanas antes parecían incorporadas delante en la oscuridad, más allá del pequeño círculo de luz de vela, y yo enfermaba ante la voz hueca, alterada, de mi huésped. Desée que los sirvientes estuviesen cerca, y no me agradó cuando él dijo que todos ellos habían partido tres días antes. Parecía extraño que el viejo Gregory, al menos, hubiese abandonado a su amo sin decirlo a un amigo tan esforzado como yo. Fue él quien me había dado toda la información que yo tenía de Ti-

llinghast después de que fui rechazado con ira.

Sin embargo, pronto subordiné todos mis temores a mi creciente curiosidad y fascinación. Qué quería Crawford Tillinghast ahora de mí, sólo podía adivinarlo, pero que tenía algún estupendo secreto o descubrimiento que comunicar, no podía dudarlo. Antes, yo había protestado ante sus observaciones innaturales de lo impensable; ahora que evidentemente había tenido éxito en cierto grado, casi compartía su espíritu, aunque el costo de la victoria parecía terrible. Hacia arriba, a través de la oscura vaciedad de la casa, seguí la bamboleante vela en la mano de esta temblorosa parodia del hombre. La electricidad parecía estar desconectada, y cuando pregunté a mi guía, me dijo que era por una razón definida.

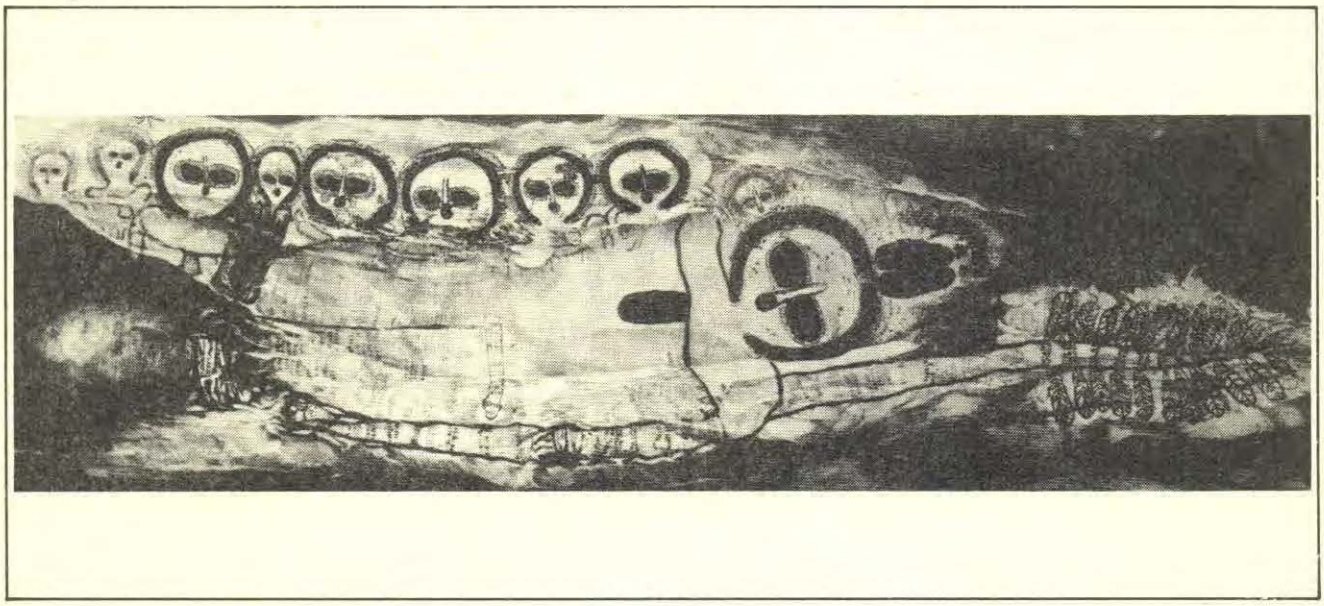
"Sería demasiado... no me atrevería", continuó murmurando. Noté especialmente su nuevo hábito de murmurar, pues no correspondía a su modo de ser el hablar a sí mismo. Entramos al laboratorio en el desván, y observé aquella detestable máquina eléctrica, resplandeciendo con una enfermiza y siniestra luminosidad violeta. Estaba conectada a una poderosa batería química, pero parecía no estar recibiendo corriente alguna; pues recordé que en su estadio experimental había chisporroteado y ronroneado cuando estaba en acción. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast murmuró que este resplandor permanente no era eléctrico en ningún sentido que yo pudiese entender.

Se sentó entonces cerca de la máquina, de tal modo que ésta quedaba a mi derecha, y conectó un interruptor en alguna parte debajo del racimo coronado de bulbos de cristal. El chisporroteo usual comenzó, se tornó en un lamento, y terminó en un sonido sordo tan suave como para sugerir un retorno al silencio. Entretanto, la luminosidad se incrementó, disminuyó de nuevo, y entonces asumió un color pálido, o una mezcla de colores que no podría localizar ni describir. Tillinghast me había estado observando y notó mi expresión desconcertada.

"¿Sabes lo que es eso?, susurró, *es ultra-violeta*". Se rió entre dientes de modo extraño ante mi sorpresa. "Tú pensabas que el ultra-violeta era invisible, y así es, pero tú puedes ver ésta y muchas otras cosas invisibles *ahora*."

"¡Escúchame! Las ondas de esa cosa están despertando mil sentidos dormidos en nosotros; sentidos que heredamos de eones de evolución desde el estado de los electrones separados hasta el estado de humanidad orgánica. Yo he visto la *verdad*, e intento mostrártela a ti. ¿Te preguntas cómo parecerá? Te lo diré." Aquí Tillinghast se sentó opuesto directamente a mí, soplando sobre su vela y observando horriblemente dentro de mis ojos. "Tus órganos sensoriales existentes —los oídos primero, creo— recogerán muchas de las impresiones, pues ellas están íntimamente conectadas con los órganos inactivos. Entonces habrá otros. ¿Has oído de la glándula pineal? Y me río del superficial endocrinólogo, compañero de engaño y compañero arribista del freudiano. Esa glándula es el gran órgano sensorial de los órganos, *yo lo he descubierto*. Finalmente, es como la vista, y transmite imágenes visuales al cerebro. Si eres normal, ese es el modo en que debes de obtener lo más posible de ello... quiero decir, obtener la mayor evidencia posible *de más allá*".

Miré alrededor del inmenso desván con su inclinada pared sur, tenuemente iluminada por rayos que el ojo cotidiano no puede ver. Los rincones lejanos eran todos sombras, y el lugar completo tomaba una irrealidad neblinosa que oscurecía su naturaleza e invitaba a la imaginación, al simbolismo y a lo fantasmal. Durante el intervalo en que Tillinghast estuvo silencioso imaginé estar en algún increíble y vasto templo de dioses muertos hace mucho; en un vago edificio de innumerable columnas de piedra negra que se elevan desde un suelo de húmedas losas hasta una altura nebulosa más allá del alcance de mi visión. La imagen fue muy vívida por un tiempo, pero gradualmente dio lugar a una concepción más horrible;



la de la soledad total y absoluta en el espacio infinito, invisible, inaudible. Parecía haber un vacío y nada más, y sentí un miedo pueril que me impulsó a sacar de mi bolsillo el revólver que siempre llevaba en la oscuridad desde la noche que fui detenido en East Providence. Entonces, desde las regiones más originarias de lo remoto, el *sonido* se deslizó suavemente dentro de la existencia. Era infinitamente sincopado, sutilmente vibrante, e inconfundiblemente musical, pero tenía una cualidad de sobresaliente salvajez, que hizo sentir su efecto como una delicada tortura sobre todo mi cuerpo. Sentí sensaciones como aquellas que se experimentan al rasguñarse accidentalmente con vidrio molido. Simultáneamente se desarrolló algo semejante a una fría corriente de aire, que aparentemente me barrió desde la dirección del sonido distante. Mientras esperaba sin aliento percibí que ambos, sonido y viento, estaban aumentando; sentí el efecto de una extraña noción de estar atado a un par de rieles en el paso de una gigantesca locomotora que se aproximaba. Comencé a hablar a Tillinghast, y al hacerlo, todas las impresiones inusuales desaparecieron abruptamente. Vi sólo al hombre, las máquinas resplandecientes y el oscuro apartamento. Tillinghast sonreía burlona y repulsivamente al revólver que yo había sacado casi inconscientemente, pero por su expresión yo estaba seguro de que él había visto y oído tanto como yo, si no es que mucho más. Murmuré lo que había experimentado y él me instó a que permaneciera tan silencioso y receptivo como fuera posible.

"No te muevas, me previno, pues en estos rayos *somos capaces de ver así como de ser vistos*. Te dije que los sirvientes se habían ido, pero no te dije *cómo*. Fue esa casera de estrecho ingenio: ella encendió las luces abajo después de que yo le había advertido que no lo hiciera, y los cables recogieron vibraciones simpatéticas. Debe haber sido temible, yo pude oír los gritos desde aquí a pesar de todo lo que veía y oía en otra dirección, y después fue más bien desagradable encontrar aquellos montones de ropa en toda la casa. Las ropas de Mrs. Updicke estaban muy próximas al interruptor del vestíbulo del frente, por eso es que sé que ella lo hizo. Ello se llevó a todos. Pero mientras no nos movamos estamos bastante seguros. Recuerda que tratamos con un mundo repugnante en el que estamos prácticamente desvalidos... *¡Mantente quieto!*"

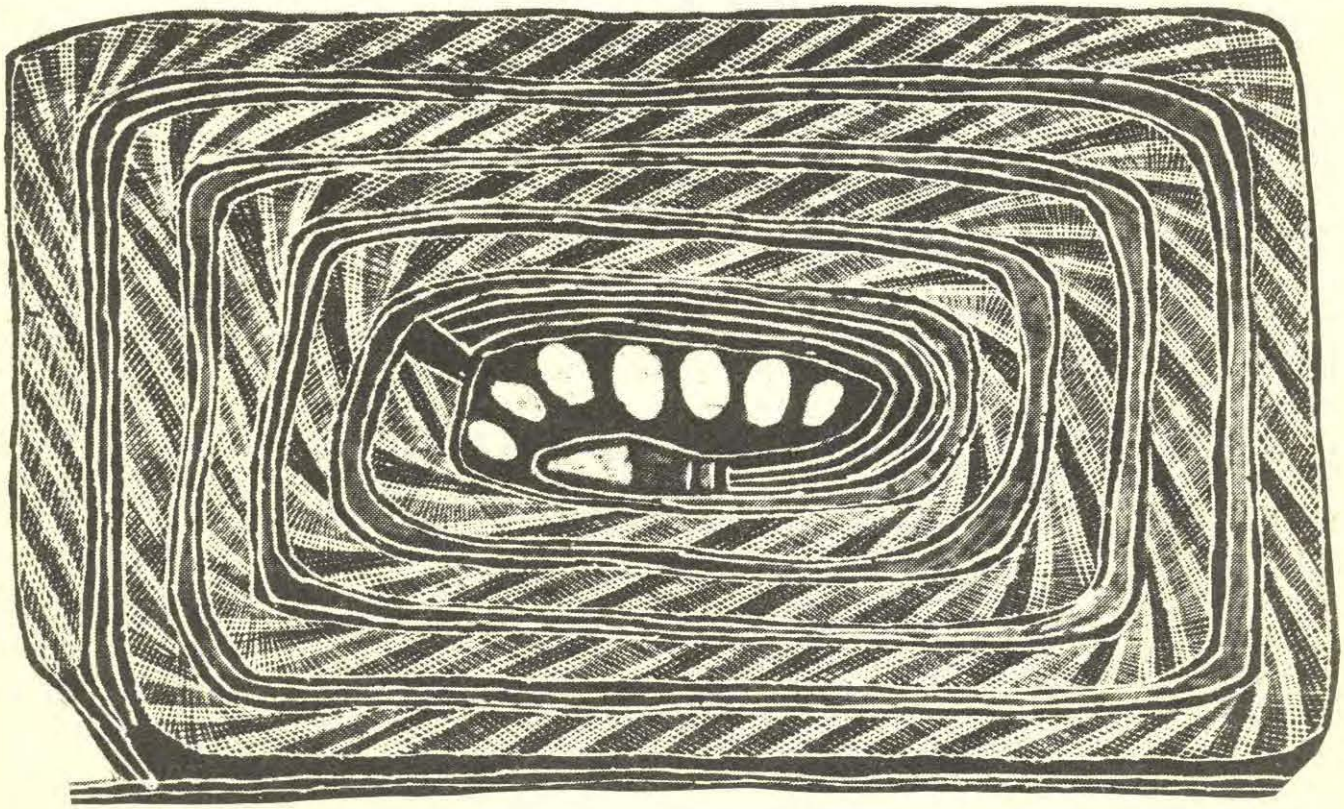
La conmoción combinada de la revelación y de la abrupta orden me ocasionó una especie de parálisis, y en mi terror mi mente se abrió de nuevo a las impresiones provenientes de lo que Tillinghast llamó *más allá*. Yo estaba ahora en un vórtice de sonido y movimiento, con imágenes confusas ante mis ojos. Miré los contornos borrosos del cuarto, pero desde algún punto en el espacio parecía descender una columna agitada de formas irreconocibles o nubes, penetrando el sólido techo en un punto adelante y a mi derecha. Entonces vislumbré nuevamente el efecto del templo, pero esta vez los pilares se alzaban hacia arriba dentro de un aéreo océano de luz, del cual descendía un cegador rayo luminoso por el paso de la columna nebulosa que había visto antes. Después de esto la escena era casi totalmente caleidoscópica, y en la maraña de visiones, sonidos, e impresiones sensoriales inidentificadas, sentí que estaba a punto de disolverme o de perder de algún modo la forma sólida. Siempre recordaré un destello definido. Por un instante me pareció contemplar un pedazo de extraño cielo nocturno lleno de esferas relucientes y giratorias, y mientras se alejaba vi que los soles relucientes formaban una constelación o galaxia de forma establecida; esta forma era la cara distorsionada de Crawford Tillinghast. En otro momento sentí las enormes cosas animadas moviéndose agitadas cerca de mí y ocasionalmente *caminando o pasando a través de mi supuestamente sólido cuerpo*, y pensé que vi a Tillinghast mirarlas como si sus sentidos mejor entrenados pudieran atraparlas visualmente. Recordé lo que él había dicho de la glándula pineal y me pregunte qué vería con su ojo preternatural.

Repentinamente yo mismo fui poseído por una especie de visión aumentada. Arriba y sobre el caos luminoso y sombrío surgió una imagen que, aunque vaga, poseía los elementos de consistencia y permanencia. Era, en efecto, familiar de alguna manera, pues la parte inusitada estaba sobre puesta a la usual escena terrenal de modo muy similar a como una imagen de cine puede ser proyectada sobre la cortina pintada de un teatro. Vi el laboratorio, la máquina eléctrica, y la desagradable forma de Tillinghast opuesta a mí; pero en todo el espacio desocupado de objetos familiares, ni una partícula estaba vacante. Siluetas indescriptibles, tanto vivientes como de otro modo, estaban mezcladas en un desarreglo desagradable, y cercanos a toda cosa conocida había mundos enteros de entidades ajenas, desconocidas. Asimismo parecía que todas las cosas conocidas entraban en combinación con otras cosas desconocidas, y viceversa. Delante entre los objetos vivientes había monstruosidades gelatinosas, parecidas a la tinta, que temblaban flojamente en armonía con las vibraciones de la máquina. Estaban presenten en profusión aborrecible, y vi con horror que *se habían extendido*; eran semifluidas y capaces de pasar una a través de otra y a través de lo que nosotros conocemos como sólidos. Estas cosas nunca estaban estáticas, sino que parecían flotar siempre con algún propósito maligno. Algunas veces aparecían para devorarse unas a otras, el atacante arrojándose sobre su víctima e instantáneamente desapareciendo a esta última de la visibilidad. En un estremecimiento de terror sentí que sabía qué había aniquilado a los infortunados sirvientes y no pude desterrar las cosas de mi mente mientras procuraba observar otras propiedades del mundo recientemente visible que yace sin ser visto a nuestro alrededor. Pero Tillinghast me había estado observando y hablaba.

"¿La ves?, ¿las ves? ¿Ves las cosas que flotan y aletean cerca de ti y a través de ti en todo momento de tu vida? ¿Ves las criaturas que forman lo que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul? ¿No he triunfado en derribar la barrera? ¿No te he mostrado acaso mundos que ningún otro hombre viviente ha visto?". Escuché su alarido a través del horrible caos, y miré la salvaje faz empujada tan ofensivamente cerca como para que importara. Sus ojos eran pozos de fuego, y me dirigieron una mirada

con lo que ahora vi que era un odio abrumador. La máquina producía detestablemente un sonido sordo.

"¿Piensas tú que esas cosas tambaleantes destruyeron a los sirvientes? ¡Necio, son inofensivas! Pero los sirvientes se han ido, ¿no es cierto? Tú trataste de detenerme; me desalentaste cuando necesitaba cada gota de ánimo que pudiera obtener; ¡estabas asustado de la verdad cósmica, maldito cobarde, pero ahora te tengo! ¿Qué barrió con los sirvientes? ¿Qué les hizo gritar tan alto? ... No sabes, ¡eh! Lo sabrás bastante pronto. Mírame, escucha lo que digo, ¿supones que existen realmente cosas tales como el tiempo y la magnitud? ¿Te imaginas acaso que hay cosas tales como la forma o la materia? Te lo digo, yo he herido profundidades que tu pequeño cerebro no puede figurarse. He visto más allá de los límites de la infinitud y a demonios descender de las estrellas... Yo he enjaezado las sombras que cruzan de mundo a mundo para sembrar la muerte y la locura... El espacio me pertenece, ¿me oyes? Las cosas están cazándome ahora, las cosas que devoran y disuelven, pero yo sé cómo evadirlas. Es a ti a quien tomarán, como tomaron a los sirvientes... ¿Moviéndote, amigo mío? Te dije que era peligroso moverse, te he salvado hasta ahora diciéndote que permanecieras quieto, te he salvado de ver más visiones y de escucharme. Si te hubieras movido, ellos habrían llegado a ti hace mucho. No te preocupes, no te *harán daño*. No le hicieron daño a los sirvientes, fue la *visión* lo que hizo gritar así a los pobres diablos. Mis mascotas no son hermosas, pues vienen de lugares donde los patrones estéticos son *muy diferentes*. La desintegración es bastante indolora, te lo aseguro, *pero quiero que las veas*. Yo casi las veía, pero supe cómo parar. ¿Eres curioso? Siempre supe que no eras un científico. Temblando, eh. Temblando con ansiedad por ver las últimas cosas que he descubierto. ¿Por qué no te mueves entonces? ¿Cansado? No te preocupes, amigo migo, *pues ya vienen*... Mira, mira, ¡maldición, mira...!, ¡está justo sobre tu hombro izquierdo!..."

Lo que queda para ser contado es muy breve, y puede ser familiar a ustedes por los relatos periodísticos. La policía oyó un disparo en la vieja casa de Tillinghast y nos encontró allí, Tillinghast muerto y yo inconsciente. Me arrestaron porque el revólver estaba en mi mano, pero me liberaron en tres horas, después de descubrir que fue la apoplejía lo que dio fin a Tillinghast y cuando vieron que mi disparo había sido dirigido a la nociva máquina que yacía ahora destrozada sin esperanza en el piso del laboratorio. No conté mucho de lo que vi, pues temí que el forense fuera escéptico; pero del evasivo relato que di, el doctor dijo que yo había sido indudablemente hipnotizado por el vengativo y homicida demente.

Desearía poder creer a aquel doctor. Ayudaría a mis estremecidos nervios si pudiera descartar lo que ahora tengo que pensar del aire a mi alrededor y del cielo arriba de mí. Nunca me siento solo o cómodo, y una horrenda sensación de persecución viene a mí algunas veces con un escalofrío cuando estoy débil. Lo que impide creer al doctor es este simple hecho: que la policía nunca encontró los cuerpos de aquellos sirvientes que ellos dicen que Crawford Tillinghast asesinó.